

P. S. P.

ORGANO INTERNO DEL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR DE ESPAÑA

Año VII. Abril. 1975.

LA DESCOMPOSICION DEL REGIMEN

Es una observación general, - que se admite ya como hecho incuestionable, que el Régimen español se descompone en fragmentos que pierden la coordinación entre sí. En la medida en que el Estado es la suprema expresión y apoyo del régimen político, el Estado también se descompone. Las señales de esta situación se manifiestan tanto horizontal como verticalmente. Los ministerios funcionan mal. Los funcionarios sin una energía común que justifique y aliente su trabajo buscan el camino más fácil, el mayor ocio y el mínimo de responsabilidad. En la Universidad, en cuanto depende de la administración pública, el proceso de descomposición es aún más claro. Las clases no se dan o se dan mal. Faltan profesores. Los alumnos rebasan los órganos de docencia. Cualitativa y cuantitativamente, España está hoy con una Universidad que sólo lo es de nombre. En otro orden de cosas sucede lo mismo. El ejemplo más claro puede ser el regional. Las regiones se diferencian unas de otras de una manera injustificable en lo que se refiere a la presión política del Estado sobre ellas, - en la situación económica, etc.etc. La comunidad vasca está sometida al estado de excepción, que en estos momentos es una patente de impunidad para el ejercicio de la represión policiaca. La comunidad catalana por el contrario ha ascendido hasta límites increíbles en el proceso de sus reivindicaciones regionales. En la región central la represión gubernativa es tremenda, multiplicándose según aumenta la protesta social. En las regiones del sur la diferencia de nivel de vida, el paro e incluso el hambre,

se dan en términos que apenas se conciben desde otras regiones. En resumen que la administración española se fracciona según el Estado pierde energía y autoridad y que este fraccionamiento se refleja en la situación social y también en el proceso político. Dentro del propio Régimen hay un grupo inmovilista, otro renovador, otro que pide el cambio, y no faltan algunos sectores en los que se emplea el lenguaje retórico y superficialmente revolucionario del fascismo de preguerra. La situación puede continuar así durante cierto tiempo, pero está entrando en un proceso acelerado que cada vez aísla más al Estado, convirtiéndolo en un conjunto débil de referencias y relaciones en que lo único fuerte son los órganos de represión. Es previsible que, en un plazo no muy largo, la reconstrucción del Estado, incluso para poder controlar la vida económica, sea inexcusable. La reconstrucción no puede venir del Estado mismo y se plantea un problema gravísimo que debe preocupar a las potencias atlánticas y mediterráneas casi tanto como nos preocupa a nosotros. ¿Qué sentido tiene ayudar a un Estado que es incapaz de regenerarse? Es necesario pensar en una nueva estructura del Estado con una nueva energía dinámica y entusiasta que no esté simplemente superpuesta a la vida social, sino que sea perfectamente congruente con ella. Es decir con las necesidades materiales y espirituales del pueblo. A esto hay que ayudar y para conseguirlo es necesario ponerse de acuerdo con las fuerzas sustantivamente innovadoras. En la actual situación de descomposición del Estado no caben falseamientos sino una auténtica revolución política.

Está próxima la renovación de los acuerdos con Norteamérica acerca de las Bases en España. Parece inevitable que los acuerdos se firmen. La situación económica del Estado español es tan mala y su dependencia respecto de la economía de los Estados Unidos tan profunda, que ha perdido cualquier margen de autodecisión. Además, la pobreza en material del ejército español es notoria y también, en este aspecto, sus vinculaciones con Estados Unidos son de dependencia casi total. Por otra parte, los Estados Unidos necesitan perentoriamente de las bases españolas, particularmente de la de Rota. Tardarían mucho tiempo en trasladar la base española a cualquier otro lugar del Mediterráneo y difícilmente encontrarían un lugar logísticamente tan adecuado. Ambas partes tienen intereses tan fuertes con relación a los acuerdos que es impensable que éstos no puedan llegar a establecerse. El Gobierno Español busca el mayor beneficio económico posible, mientras que los Estados Unidos desean extensión suficiente en las bases y seguridad en su permanencia. Es lamentable que el Gobierno español mantenga una situación de dependencia tan absoluta sólo por razones económicas, intentando desacelerar el proceso de descomposición con la ayuda americana. Esta ayuda no será regulada por el poder legislativo americano, dependerá simplemente del poder ejecutivo y como éste no puede disponer de los medios necesarios, impulsará las inversiones privadas y el comercio exterior. Es decir los mecanismos de colonización económica van a aumentar en muchos después de la firma de los próximos acuerdos. Es necesario que los demócratas españoles tengamos en cuenta estos hechos y no nos hagamos demasiadas ilusiones en cuanto a liberarnos de estas peculiares relaciones de sometimiento directo a la gran potencia. Conviene mejor que nos hagamos a la idea de que en el nivel de las condiciones pragmáticas, es decir de los hechos, nuestro cambio y revolución política probablemente tendrán que contar con la presencia de las bases americanas en España. Hace tiempo cabía suponer que las bases, además de ser un cuerpo extraño que implicaba un compromiso respecto del cual nada se nos ha perdido a los españoles, eran también una amenaza política. Ahora, después de las experiencias portuguesas es posible admitir que la amenaza política es menor y que la revolución si se orienta como debe orientarse, es decir en el sentido democrático y sin excesos, podrá orillar la dificultad. Siempre que no se provoquen conflictos de violencia que podrían presentarse como una perturbación en el juego de fuerzas estratégico político del Mediterráneo, nuestra revolución podrá continuar su camino. Es, pues, conveniente que se acepten las cosas como son. El problema de las bases puede esperar y, en su día, se encontrará una solución adecuada y, por consiguiente, racional y razonable. Hoy por hoy, con tal de que no tengamos que decir "con las bases hemos topado", es suficiente.

Todo lo anterior no supone un juicio de valor acerca de la simpatía o antipatía que el pueblo español pueda sentir hacia el americano. Los españoles, unas veces por cultura otras por instinto, después de cerca de 40 años de Dictadura, saben que no se puede culpar a los pueblos. Los pueblos, según una frase que solemos repetir, no tienen nunca el Gobierno que se merecen. Hay que culpar a los gobiernos y al sistema institucional, por lo común corrompido, pero desde esta perspectiva los españoles saben bien que una parte importante de culpa en la permanencia de la Dictadura corresponde a los gobiernos americanos. No ignora que las bases son un aspecto, por lo menos hasta ahora, de esta culpa.

En ningún caso satisface a la opinión pública la llamada "ayuda americana". En principio no se trata de ninguna ayuda que provenga de la voluntad real del pueblo americano y los españoles no lo ignoran. Es una ayuda condicionada a los intereses multinacionales y estratégicos. Por otra parte, la ayuda revierte de un modo u otro en beneficio de esos intereses en cuanto ejercen un control firme sobre una gran parte de la economía española hasta el punto de que se puede considerar economía unilateralmente subsidiaria y dependiente. Sin la ayuda americana podríamos pasar perfectamente, bastaría con la normal interdependencia económica que todos los países deben tener entre sí. Es lástima que las bases y la ayuda alejen a dos países que no son responsables de los errores de sus gobiernos.